

Elaborado por: Carlos González Hernández

Asesor Nacional de Español

Macario de Juan Rulfo: apología al digno hedonismo de un personaje marginado socialmente

"Dicen en la calle que yo estoy loco porque jamás se me acaba el hambre".

Dentro de este relato breve hay un personaje que la crítica literaria ha juzgado como ruin, vil y abyecto; no obstante, no podemos sobrevalorar a este individuo en forma apresurada. Este niño-adulto nos invita a oír su historia de vida. El lector es un contertulio de este sujeto: ¿quién es Macario?, ¿cuáles son sus tareas cotidianas?, ¿qué lo atemoriza más? Y por último, ¿qué tipo de actividades le gustan?, etc.

Cuando leemos este cuento, nos adentramos en la percepción de ese mundo "primitivo", en el cual se desarrolla Macario. Sus elucubraciones nos ubican espacialmente en un lugar muy curioso: una alcantarilla. Este ente literario construye lo real mediante la enunciación de su discurso. Al leer el cuento, actualizamos su historia. Estamos sentados, compartiendo un lugar con Macario; por lo que formaremos parte de su narración al "oír" lo que nos va a comenzar a narrar: "Estoy sentado junto a la alcantarilla aguardando a que salgan las ranas. Anoche mientras estábamos cenando, comenzaron a armar el gran alboroto y no pararon de cantar hasta que amaneció". (Rulfo, 1999, 87). Lo anterior, nos permitirá convertirnos en partícipes de esa textualidad donde habita y reina Macario.

Por otro lado, es ideal partir de la definición etimológica de su nombre, para poder iniciar una apología de su natural hedonismo vislumbrado en el texto: Macario, nombre masculino derivado de "makar", que significa feliz. Macario significa aquel que ha encontrado la felicidad, otras acepciones lo relacionan con "machaera", que significa, aquel que lleva la espada". (Olegario, 1998, 50). En el instante en que la madrina de Macario lo envía a la alcantarilla, este comienza un proceso de felicidad, de gusto, de goce, por cuanto está ayudando a su madrina a liberarse del ruido sofocador producido por las ranas.

Así pues, la descripción de las ranas hecha por Macario como una vianda comestible, nos permite visualizar, un ámbito de pobreza; pero, también de complacencia en este componente que integra su menú de comidas. En este relato se da una relación familiar y sicalíptica entre la cocinera (Felipa) y Macario. Macario define a Felipa a través de un curioso símil: “Felipa tiene los ojos verdes como los ojos de los gatos”. En el *Diccionario de los símbolos* de Jean Chevalier, el color verde simboliza lo siguiente: “El verde, valor medio, mediatriz entre el calor y el frío, lo alto y lo bajo, es un color tranquilizador, refrescante, humano”. (Chevalier, 1986, 528). Para Macario la presencia de Felipa lo tranquiliza. Él se siente protegido y contento por la presencia de ella en la casa.

Macario, además, disfruta enormemente del placer por la comida, siempre está famélico, insaciable. En este aspecto hedónico, también, Felipa lo malacostumbra, puesto que le entrega su parte en ciertas ocasiones. Veámoslo en esta cita: “Después de comer ella, hace con sus manos dos montoncitos, uno para Felipa y otro para mí. Pero a veces Felipa no tiene ganas de comer y entonces son para mí los dos montoncitos. Por eso quiero yo a Felipa, porque yo siempre tengo hambre y no me lleno nunca, ni aún comiéndome la comida de ella. Aunque digan que uno se llena comiendo, yo sé bien que no me lleno por más que coma todo lo que me den. Y Felipa también sabe eso”. (Rulfo, 1999, 88). Ese comportamiento de satisfacción, a través de la ingesta de alimentos, provoca una imagen de regocijo sensorial ante el lector que lo escucha. En donde somos cómplices de ese acto hedónico, como lo es el placer del comer.

De alguna manera, esa conducta “censurable” por parte de Macario, ¡de comer ranas y hasta sapos negros!, aflora un deseo de repugnancia, asco y aversión para unos lectores que juzgan la posición socio-económica en que se encuentra el sujeto de la enunciación. Para Macario, la acción de comer es una experiencia liberadora, en la cual anula su situación de precariedad y hacinamiento. Notoria exclusivamente para el lector-observador, la Madrina y Felipa. Veamos la forma tan succulenta como describe Macario el alimento recibido: “La leche de Felipa es dulce como las flores del obelisco. Yo he bebido leche de chiva y también de puerca recién parida; pero no, no es igual de buena que la leche de Felipa... Ahora ya hace mucho tiempo que me da a chupar de los bultos esos que ella tiene donde tenemos solamente la costillas, y de donde le sale, sabiendo sacarla, una leche mejor que la que nos da mi madrina en el almuerzo de los domingos...”. (Rulfo, 1999, 88). Este líquido vitalizador incita a saborear ese elixir que brota de los senos de Felipa. El simbolismo de la leche connota un aspecto trascendental para adentrarnos en el mundo de Macario. Chevalier apunta que la leche presenta este significado: “Es el símbolo por excelencia del alimento espiritual, es el alimento de los estómagos delicados, de

los niños y de aquellos que no son aptos para recibir alimento sólido. Tiene, sin embargo, otro aspecto popularizado por la iconografía cristiana de la Edad Media: el de la buena madre dando la leche de la verdad, por oposición a la mala madre que da el seno a las serpientes. Ser amamantado por la madre divina es signo de adopción y, en consecuencia, del conocimiento supremo". (Chevalier, 1986, 315). Felipa se recosifica en otro alimento que será engullido vorazmente por Macario; este individuo no hace ninguna diferencia entre un alimento de origen animal o humano. Por otro lado, esta leche dulce trasciende el medio de satisfacción oral, y pasa a un ámbito de corte sexual, donde aquella leche dulce y caliente habita en el recoveco oscuro de la habitación de Macario (Felipa va todas las noches al cuarto de Macario), ya que es a él exclusivamente, a quien le agrada ese sabor peculiar. Además, hay una correlación directa con el convivio sexual que mantiene Macario con Felipa (le hace cosquillas por todas partes), observemos esta escena:

"Felipa antes iba todas las noches al cuarto donde yo duermo, y se arrimaba conmigo, acostándose encima de mí o echándose a un ladito. Luego se las ajuareaba para que yo pudiera chupar de aquella leche dulce y caliente que se dejaba venir a chorros por la lengua... Muchas veces he comido flores de obelisco para entretener el hambre. Y la leche de Felipa era de ese sabor sólo que a mí me gustaba más porque, al mismo tiempo que me pasaba los tragos, Felipa me hacía cosquillas por todas partes. Luego sucedía que casi siempre se quedaba dormida junto a mí, hasta la madrugada. Y eso me servía de mucho; porque yo no me apuraba del frío ni de ningún miedo a condenarme en el infierno si me moría yo solo allí, en alguna noche..." (Rulfo, 1999, 89).

Existe una fijación por parte de Macario en la etapa oral. Él percibe un enorme placer al convivir con Felipa, no solamente por el hecho de saciar su sed, sino que el encuentro carnal, se vislumbra desde un plano más lúdico y protector. Felipa comparte la cama con Macario, y este logra una estabilidad emocional al sentirse protegido, tanto del medio ambiente agreste (el frío), como de su penitencia perpetua en el infierno. Por otra parte, Felipa cuida, alimenta y lo comprende; podríamos decir que cumple un papel de madre artificial, aunque con una acentuada relación erótica. No obstante, Felipa se desdobra en un binomio de amante-madre; lo anterior, le permite a Macario disfrutar sin obstáculos ideológicos o morales de la compañía de Felipa.

Con respecto, a las preferencias que manifiesta Macario, tenemos que a nivel morfológico hay una constante con los sustantivos presentes en el cuento: Felipa (25 veces), el vocablo comida (17 veces), Madrina (16 veces) y el sustantivo concreto cabeza (14 veces). Además, todo ese sistema de relaciones placenteras para este personaje están asociadas a las figuras femeninas: Felipa-leche, la Madrina-comida. Hay un hermoso y succulento símil que intensifica el

significado de este líquido: “La leche de Felipa es dulce como las flores del obelisco” (Rulfo, 1999, 88).

También, Macario está feliz de que Felipa interceda por él ante Dios (identificado aquí con el vocativo de Señor), para que pueda eludir la penitencia de ir al purgatorio por todos los pecados cometidos; incluso, contribuye a exorcizar el miedo que padece Macario por golpearse la cabeza constantemente. De algún modo, Felipa es el utensilio para conseguir lo que desea. En caso de alguna transgresión a lo establecido socialmente, está la absolución divina (el perdón), a cualquier tipo de pecado, por más infame que sea este (encuentro de corte carnal): “Felipa dice, cuando tiene ganas de estar conmigo, que ella le contará al Señor todos mis pecados. Que irá al cielo muy pronto y platicará con Él pidiéndole que me perdone toda la mucha maldad que me llena el cuerpo de arriba abajo. Ella le dirá que me perdone, para que yo no me preocupe más. Por eso se confiesa todos los días. No porque ella sea mala, sino porque yo estoy repleto por dentro de demonios, y tiene que sacarme esos chamucos del cuerpo confesándose por mí. Todos los días. Todas las tardes de todos los días. Por toda la vida ella me hará ese favor. Eso dice Felipa. Por eso yo la quiero tanto...” (Rulfo, 1986, 88). Definitivamente, hay un sentimiento de utilitarismo agudo por parte de Macario, al acentuar a través del adjetivo indefinido “**todo**”, y su variante de género “**toda**”, el afán de lograr por medio de Felipa la absolución completa de sus acciones en busca de conseguir placer físico y emocional.

Asimismo, Macario goza poderosamente del placer de golpear su cabeza contra los objetos circundantes. No hay mayor remordimiento ni culpabilidad al realizar ese acto lúdico, puesto que Macario lo relaciona con el sonido del tambor que escucha en la iglesia. Apreciemos el nivel de satisfacción con que expresa su actuación, casi en una forma cándida e ingenua: “Sin embargo, lo de tener la cabeza así de dura es la gran cosa. Uno da de topes contra los pilares del corredor horas enteras y la cabeza no se hace nada, aguanta sin quebrarse. Y uno da topes contra el suelo; primero despacito, después más recio y aquello suena como un tambor. Igual que el tambor que anda con la chirimía, cuando viene la chirimía a la función del Señor. Y entonces uno está en la iglesia, amarrado a la madrina, oyendo afuera el tum tum del tambor...” (Rulfo, 1999, 90).

Aunado a lo anterior, encontramos un ambiente de desconocimiento u omisión del entorno habitual de Macario. Este personaje no “sabe”, por qué lo amarran, por qué las ranas no paran de cantar, por qué no lo dejan salir; pero, sobre todo, por qué no le da leche Felipa en ciertas ocasiones. Es un sujeto que expresa directamente un fluir de la conciencia, con una estructura discursiva de débil cohesión, asida desde la prohibición, el castigo (visto desde los de afuera, que lo maltratan, sin darle comida); así mismo, de la obligación, y, en

contrapartida, con el premio de la comida, la compañía de Felipa y su Madrina y la protección de su núcleo familiar. Inclusive, a pesar de esta incompreensión de su mundo, Macario asume una posición de gozo y de complacencia por los gustos que tiene: la leche de Felipa, la compañía de ella por las noches y el gusto por la comida (montoncitos) que le brinda la Madrina. Ese regocijo que experimenta Macario por su contexto, también lo percibimos a nivel de los adjetivos predominantes en el texto literario. Así tenemos, el siguiente cuadro-resumen:

Adjetivo y su correspondiente componente modificado	Clase de adjetivo	Frecuencia de aparición en el texto
<i>Bueno ⇨ Felipa</i>	<i>Calificativo</i>	<i>6 veces</i>
<i>Mucho ⇨ Hambre</i>	<i>Indefinido</i>	<i>4 veces</i>
<i>Grande ⇨ Miedo</i>	<i>Calificativo</i>	<i>3 veces</i>
<i>Dulce ⇨ Leche</i>	<i>Calificativo</i>	<i>3 veces</i>

Cada uno de ellos expresa la pulsión del sujeto (Macario) que determina: lo **bueno** con Felipa, **mucho** con el hambre, lo **grande** con el miedo y lo **dulce** con la flor del obelisco (metáfora continuativa) y la leche (tanto como alimento y fluido sexual).

De la misma manera, la sangre es otro factor que proporciona complacencia a Macario; no obstante, es incomparable al exquisito sabor que posee la leche de Felipa. Después de disfrutar de su comida, este personaje se enclaustra para no convertirse en una víctima de las personas que están en la calle, ya que son malas y violentas con él. Por lo general, no lo complacen en lo más mínimo; veamos la cita donde apoyamos la idea, de que su habitación se ha transformado en un recinto de paz y tranquilidad: “Yo por eso, para que no me apedreen, me vivo siempre metido en mi casa. En seguida que me dan de comer me encierro en mi cuarto y atranco bien la puerta para que no den conmigo los pecados pensando que aquello está a oscuras. Y ni siquiera prendo el ocote para ver por dónde se me andan subiendo las cucarachas”. (Rulfo, 1999, 90). Además, Macario no es temeroso de los insectos que invaden su aposento; lamentablemente, los prejuicios ideológicos impuestos por la Madrina fomentan en Macario, temores ficticios que enturbian la vida plácida de este sujeto. Es imprescindible, en este caso, ser imparcial con el enunciado de Macario, para no volverlo a recriminar como tanta gente del exterior lo ha hecho: “No vaya a suceder que me encuentren desprevenido los pecados por andar con el ocote

prendido buscando todas las cucarachas que se meten por debajo de mi cobija... Felipa dice que los grillos hacen ruido siempre, sin pararse ni a respirar, para que no se oigan los gritos de las ánimas santas y todos echaremos a correr espantados por el susto". (Rulfo, 1999, 91).

Cabe mencionar igualmente, la fijación que posee Macario por Felipa, y que produce toda una connotación sexual, ya que a pesar del entorno funesto y tétrico donde habitan los personajes (presencia de alacranes, cucarachas y grillos); aún así, el intercambio de expresiones amorosas posee una ternura y una delicadeza magistral:

"A los grillos nunca los mato. Felipa dice que los grillos hacen ruido siempre, sin pararse ni a respirar, para que no se oigan los gritos de las ánimas que están penando en el purgatorio... Además, a mí me gusta mucho estar con la oreja parada oyendo el ruido de los grillos. En mi cuarto hay muchos. Tal vez haya más grillos que cucarachas aquí entre las arrugas de los costales donde yo me acuesto. También hay alacranes. Cada rato se dejan caer del techo y uno tiene que esperar sin resollar a que ellos hagan su recorrido por encima de uno hasta llegar al suelo. Porque si algún brazo se mueve o empiezan a temblarle a uno los huesos, se siente en seguida el ardor del piquete. Eso duele. A Felipa le picó una vez uno en una nalga. Se puso a llorar y a gritarle con gritos queditos a la Virgen Santísima para que no se le echara a perder su nalga... Yo le unté saliva. Toda la noche me la pasé untándole saliva y rezando por ella, y hubo un rato, cuando vi que no se aliviaba con mi remedio, en que yo también le ayudé a llorar con mis ojos todo lo que pude..." (Rulfo, 1999, 91).

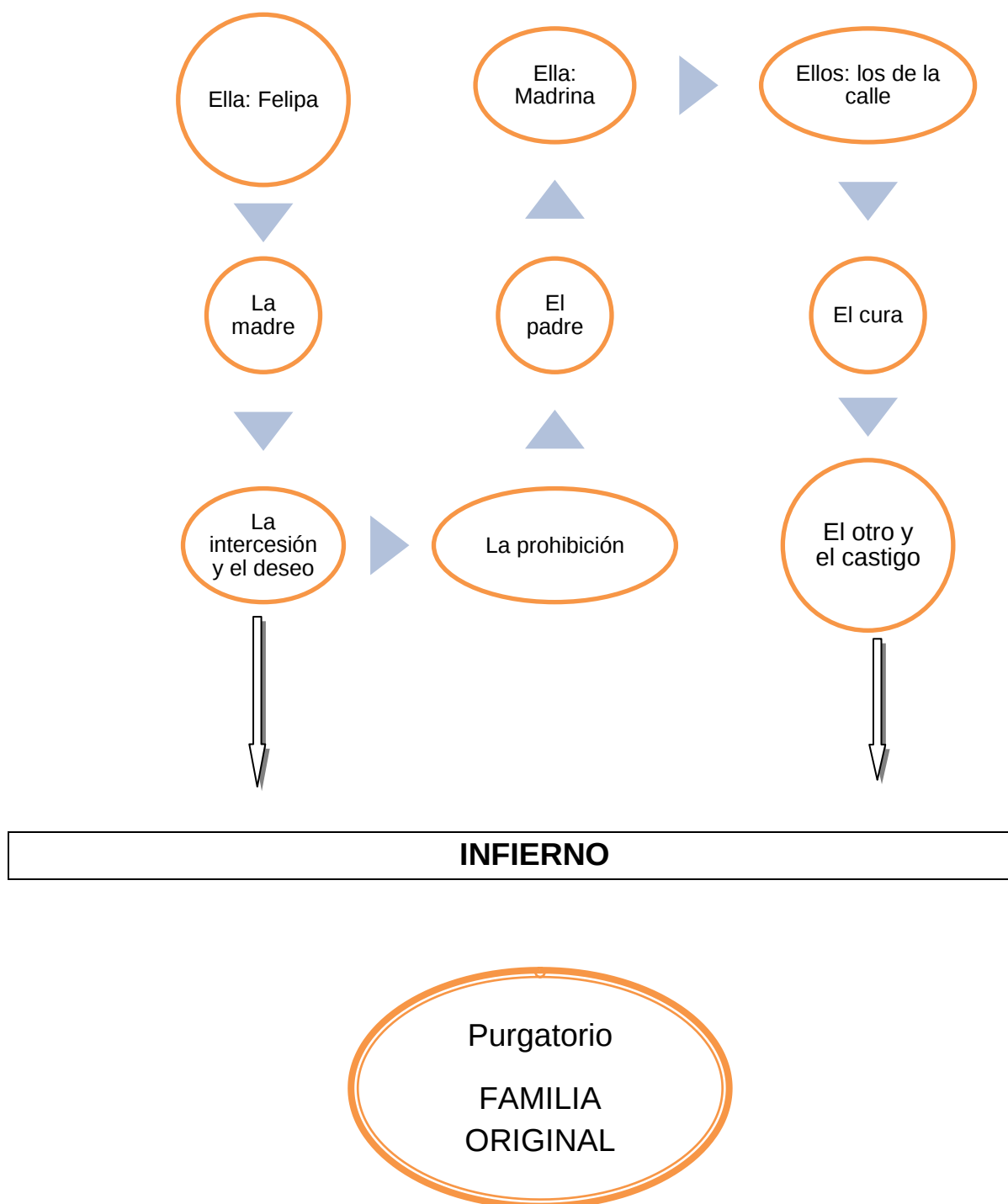
Del mismo modo, la clara identificación en el relato, por el deber de Macario de resguardar a toda costa la siesta de la Madrina, lo llena de estímulo y alegría. Funge como un protector de los sueños (una especie de Morfeo en la mitología griega); hay un marcado placer al contar la historia de su vida, ya que mientras lo realiza, espera a que salgan las ranas para aplastarlas. Pero, lo que realmente anhela Macario es la identificación con Felipa, es decir la sublimación total. Entendida como el cambio de meta para reemplazar la pérdida, que en el relato se expresa, ante la posibilidad de ir al purgatorio para verse con sus padres muertos. Macario construye un mundo binario, donde el sistema existencial está claro, ya que se lucha para: no dormir- morir, para comer-esconderse, y para mantener de manera continua la relación protección-erótica con Felipa. En síntesis, en su mundo reducido, Macario se constituye desde los otros como una suma de identificaciones, relacionadas mediante el querer a Felipa, el cariño y las atenciones de la Madrina, el miedo a los espantos, la incompreensión ante los de la calle que lo agreden, y, el deseo de recuperar la pérdida de sus padres. En el cuento, la Madrina asume el papel del padre (proveedor-protector-castigador), y

mientras tanto, Felipa es asumida en su rol de madre condescendiente. Observemos en la siguiente cita, esta labor benefactora que proyecta Macario; además, de los sobresaltos que lo aquejan: “Si tardan más en salir, puede suceder que me duerma, y luego ya no habrá modo de matarlas y a mi Madrina no le llegará por ningún lado el sueño si las oye cantar, y se llenará de coraje. Y entonces le pedirá, a alguno de toda la hilera de santos que tiene en su cuarto, que mande a los diablos por mí, para que me lleven a rastras a la condenación eterna, derecho, sin pasar ni siquiera por el purgatorio, y yo no podré ver entonces ni a mi papá ni a mi mamá, que es allí donde están... Mejor seguiré platicando... De lo que más ganas tengo es de volver a probar algunos tragos de la leche de Felipa, aquella leche buena y dulce como la miel que le sale por debajo del obelisco”. (Rulfo, 1999, 92).

Por otro lado, Felipa asume tres tipos de relaciones confortables para Macario: de poder, como intercesora ante lo divino, ya no con el instrumento del miedo, sino con la herramienta absolutoria de la oración. La relación maternal, lo alimenta (le da de mamar en la cocina), es buena con él, le da calor. Y finalmente, la relación erótica, duerme con él y tienen sexo (cosquillas por todas partes y ganas de estar con él). De la misma manera, la Madrina, lo protege de los agresores en la calle, le regala un escapulario, le da leche los domingos, le permite vivir en el cuarto.

Veamos el cuadro figurativo de la enunciación en *Macario*

Yo Macario



Macario, a través de su narración de carácter oralizado, no busca que se le juzgue, ni mucho menos optar por una sanción de corte moralista o religiosa. La crítica literaria se ha detenido obstinadamente en un personaje con características de “anormalidad”; no obstante, no vislumbran el contexto desde el cual habla el personaje, un México obnubilado por el avasallante catolicismo (Guerras Cristeras 1926-1929). Por último, en este cuento no interesa que sea un niño o un adulto el personaje del texto literario, sino dejar que Macario nos permita penetrar en ese mundo tan obsoleto y conservador. Dominado por los aparatos ideológicos del Estado mexicano. Aunque parezca insólito, el comer sapos y ranas es una costumbre gastronómica en ciertas culturas. Quizás el hambre o este tipo de platillos sean los resultados tan atroces de un Gobierno corrupto que no pudo encaminar los recursos necesarios para contribuir al mejoramiento de su sociedad.

Aunado a lo anterior, vemos que hasta cocinan con leña en el hogar de Macario. Lo que demuestra el ambiente paupérrimo en que se desenvuelve este personaje: “Lo de lavar los trastes a mí me toca. Lo de acarrear leña para prender el fogón también a mí me toca. Luego es mi madrina la que nos reparte la comida” (Rulfo, 1999, 89). Ahora bien, me gustaría terminar este panegírico a Macario, y a su libre complacencia a sus más primitivos deseos con unas palabras de Sigmund Freud, en una conferencia denominada: *La vida sexual de los seres humanos*, expresa en el texto algo muy interesante: “Si ponen en el centro el hecho del acto sexual, enunciarán tal vez que sexual es todo lo que con el propósito de obtener una ganancia de placer se ocupa del cuerpo, en especial de las partes sexuales del otro sexo, y, en última instancia, apunta a la unión de los genitales y a la ejecución del acto sexual. Ahora bien, si convierten a la función de la reproducción en el núcleo de la sexualidad, corren el riesgo de excluir toda una serie de cosas que no apuntan a la reproducción y, no obstante, son con seguridad sexuales, como la masturbación y el besar” (Freud, 2000, 277).

Mientras tanto, Macario nos espera siempre en su alcantarilla vieja y derruida, sosteniendo un palo para matar a las ranas, para que su Madrina pueda dormir tranquilamente.

Referencias bibliográficas

- ✓ Bobes Naves, María del Carmen. *La novela*. Madrid: Editorial Síntesis, S.A.,1998.
- ✓ Calerón, Noguera, Donald. "...Mejor seguiré platicando..." El habla en Macario de Juan Rulfo. *Cuadernos de Lingüística Hispánica*, Vol. 01, enero-junio, 2010, págs. 35-62.
- ✓ Carmayd-Freyxas, Erick. *Realismo mágico y primitivismo. Relecturas de Carpentier, Asturias, Rulfo y García Márquez*. Maryland: University Press of America, 1998.
- ✓ Chevalier, Jean & Gheerbrant, Alain. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Editorial Herder, 1986.
- ✓ Freud, Sigmund, *Obras completas volumen XVI*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu. 2000.
- ✓ Olegario, Antoni, *Diccionario de nombres*. Madrid: Ediciones Vives, 1998.
- ✓ Pampillo, Gloria (coord.) *Una araña en el zapato. La narración. Teoría, lecturas, investigación y propuestas de escritura*. Buenos Aires: Libros de la Araucaria, 2004.
- ✓ Rulfo, Juan. *El llano en llamas*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1999.

ANEXOS





